

## Sarmiento o la imperiosa necesidad de la escritura\*

Clara Alicia Jalif de Bertranou\*\*

### Resumen

Se refiere la ubicación temporal de Domingo Faustino Sarmiento en la generación de 1837, llamada también por Ricardo Rojas “generación de los proscritos”. Momento en el que Sarmiento adoptó las célebres categorías de “civilización” y “barbarie”. La importancia de la escritura adquirió entonces una decisiva función civilizadora, que en su caso tuvo las características de una imperiosa necesidad proyectada en piezas autobiográficas, folletos, folletines, narraciones, libros, anticipos de novelas, biografías, ensayos, cartas y ejercicios periodísticos. La Argentina tuvo en él al gran polemista que creía en la eficacia de la palabra escrita como praxis social. Dentro de este marco se ubica la significación concedida al periodismo para la formación de los ciudadanos, la responsabilidad de su ejercicio y la ética que le cabe, según se refleja en su artículo “El diarismo”, de 1841, aunque a veces ese ejercicio incurriera en los modos que criticaba.

**Palabras claves:** Sarmiento, generación del 37, periodismo.

### Abstract

The temporal location of Sarmiento in the generation of 1837 is made reference to in this article, such generation also having been called “the generation of the banned” by Ricardo Rojas. It was a time when Sarmiento adopted the famous categories of “civilization” and “barbarism”. The importance of writing then acquired a decisive civilizing role, which in his case was manifested as an urge projected unto autobiographical pieces, pamphlets, booklets, narrations, books, novel sketches, biographies, essays, letters and journal drafts. Argentina had a great polemicist in Sarmiento, who believed in the efficacy of the written word as social praxis. Within this context is situated the significance given to journalism for the formation of citizens, the responsibility of its practice, and the ethics involved, as reflected in his article “El Diarismo”, of 1841, although such practice sometimes fell within the same modalities he criticized.

**Key words:** Sarmiento, generation of 1837, journalism.

\*Texto leído en el panel de evocación de Sarmiento en la Feria del Libro en Mendoza, 12 de setiembre de 2004.

\*\* Profesora e investigadora de la Universidad Nacional de Cuyo y de CONICET.  
<cjalif@lanet.com.ar>

Bien sabemos que nuestra patria comenzó a nacer a la vida independiente en 1810. Ese mismo año nacía en Tucumán Juan Bautista Alberdi y al año siguiente, en 1811, más concretamente nueve meses después de los sucesos de Mayo, acompañando la gestación de la nación, nacía Domingo Faustino Sarmiento. La vida de ambos atravesará prácticamente todo el siglo XIX, como testigos y actores de la difícil organización nacional.

Los acontecimientos de Mayo y luego la proclama de Tucumán, en 1816, se hicieron a la luz de lo que conocemos como Ilustración o Iluminismo, fruto de las concepciones modernas que tuvieron su máxima eclosión en 1789, año de la Revolución Francesa. Si tuviéramos que caracterizar aquel momento debiéramos indicar que la trilogía revolucionaria francesa, expresada en las palabras “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, se asienta en algunos núcleos de ideas que podríamos sintetizar en la fe en el progreso y el orden, en la voluntad de realización, en la importancia concedida a la razón y a la educación, en el cultivo de las ciencias y, ya en el plano político, en el liberalismo. Núcleos de ideas que se mantienen durante el siglo XIX hasta su culminación con la generación del 80, que es la que en verdad concreta o lleva a la práctica en diversos aspectos lo adelantado tanto por Alberdi, como por Sarmiento, en materia de ideas y en su condición de grandes polígrafos.

Quisiéramos recordar que uno y otro lo hicieron dentro del clima del romanticismo social de la llamada generación del 37, generación que recibiera ese nombre porque en dicho año se publicó el célebre escrito de Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. La misma generación ha recibido otras denominaciones no menos célebres, como la de los “emancipadores mentales”, de la “segunda emancipación”, y en la tradición historiográfica liberal, la de “generación de los proscriptos”, como le llamara Ricardo Rojas, en abierta alusión a Juan Manuel de Rosas. Las expresiones “emancipadores mentales” y “segunda emancipación” venían a cuento porque, realizada la primera emancipación, que lo fue por las armas en un hecho revolucionario que dio fin al poder español, necesitaba ahora de ideas propias, de un pensar libre, al que contribuiría como elemento indispensable la educación extendida a todos los estamentos sociales para la reforma de tradiciones asentadas en los 300 años de vida colonial.

Si la Independencia no afectó grandemente los usos y costumbres de la población, especialmente en el interior, la enseñanza de la filosofía sí experimentó

un cambio drástico y sustancial con la creación de la Universidad de Buenos Aires, en 1821, durante la gestión de Bernardino Rivadavia. Fue en esos años en los que se interrumpe la enseñanza de la escolástica, que había sido la filosofía oficial del régimen colonial. Se introduce en los claustros la enseñanza de una escuela de pensamiento que es expresión tardía de la Ilustración, llamada Ideología, que bien ha sido catalogada por el prestigioso historiador de las ideas uruguayo Arturo Ardao (1912-2004), como nuestra primera filosofía por lo que significó de ruptura con la tradición en las emergentes naciones. Es preciso imaginar lo que el hecho ruptural venía a significar con la enseñanza de la filosofía que ahora preguntaba por el origen de las ideas –de allí el nombre de Ideología, dado por Destutt de Tracy–, cuya respuesta la hallaba, lejos de toda metafísica tradicional, en las sensaciones. Tres son los “heréticos” que se animaron a semejante empresa: el puntano Juan Crisóstomo Lafinur (el primer laico en ejercer esa enseñanza), Juan Manuel Fernández de Agüero y Diego Alcorta. Con ellos quedaba expedito el camino para que la generación del 37 se expresara con mayor libertad, mas también con las limitaciones que sabemos. Fue así como surgieron figuras públicas que utilizaron ideas filosóficas para analizar los problemas de la sociedad y realizar los aportes políticos e institucionales que necesitaba el nuevo país, donde Alberdi y Sarmiento son figuras insoslayables. Desde estas primeras décadas la comprensión o incomprensión de la realidad social se moverá dentro de interpretaciones maniqueístas y sin matices, como lo fueron las categorías de civilización y barbarie, que con espíritu reductivista y simplificador no dejó atenuantes<sup>1</sup>. Trajo consigo la demonización del campo y con ello de los campesinos como símbolo de la barbarie. Críticos de todo el pasado, incluso el inmediato anterior, se dieron a la tarea de pensar con vehemencia el futuro, un futuro que no estaba exento de exclusiones, hecho a la medida de una ascendente burguesía, con andamiaje ideológico europeo, más precisamente, afrancesado, secularizante y reformista. El lugar concedido

---

1 El término civilización fue empleado por primera vez en 1757 por el marqués de Mirabeau para indicar el movimiento por el cual la humanidad había salido de un estadio primitivo de barbarie. Cf. Marta Elena Pena de Matsushita, *Dos forjadores de la modernidad. Sarmiento y Fukuzawa*. Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza, 2002, p. 73.

a la educación, dado ya desde los tiempos de Rivadavia, fue para esta generación un factor decisivo destinado a cambiar tradiciones coloniales, y sacar a niños y jóvenes de la ignorancia. Había en aquellas décadas del 30 y del 40 un ambiente intelectual que, si bien estaba integrado por una elite letrada, se nutrió de libros, revistas, sociedades literarias y tertulias, donde cada uno se expresó en la medida de sus posibilidades, lo cual permite decir que antes que una escuela de pensamiento, el romanticismo fue en el Río de la Plata un movimiento. Eran liberales dispuestos a trabajar para el progreso, con un corazón unitario en ebullición, quienes traspusieron la idea de vacío, el supuesto vacío de la campaña, al plano intelectual.

Con la excepción de Sarmiento, a quien nos vamos a referir ahora, los miembros de la generación del 37 fueron porteños o provincianos educados en Buenos Aires, como lo fue el caso de Alberdi. Y si hasta ahora nos hemos referido a los aspectos señalados es sencillamente para situarnos en el momento de producción discursiva en los escritos sarmientinos. Pero quisiéramos indicar un aspecto más que ha sido expuesto con toda claridad por Arturo Andrés Roig, quien nos dice: "...hubo un concepto romántico de "nación" que se organizó sobre la idea ilustrada, pero profundizándola. De la comprensión de lo nacional como entidad en la que los diversos factores culturales se daban unificados por una voluntad política –la idea de "soberanía del pueblo" fue básica para nuestros ilustrados– se pasó a la comprensión de la nación vista como realidad social. El paso de lo político a lo social marcó, pues, el de la Ilustración al Romanticismo y permite determinar, por otra vía, uno de los aspectos definidores de lo que puede entenderse por siglo XIX, frente a lo que había sido el XVIII y su prolongación en las décadas iniciales de aquel".<sup>2</sup>

¿Qué decir pues de la palabra de Sarmiento? Es a través de su escritura donde se nos muestra la complejidad de su personalidad, llena de tensiones y contradicciones. Escritor casi compulsivo, sus escritos son al mismo tiempo autobiográficos, folletines, folletos, narraciones, libros, anticipos de novelas, biografías, ensayos, cartas y ejercicios periodísticos, como lo reflejan los 52 volúmenes de sus

---

2 Arturo Andrés Roig, *El pensamiento social de Juan Montalvo. Sus lecciones al pueblo*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 1995, p. 169.

*Obras Completas*, muchas veces ajuste de cuentas con sus adversarios, imaginarios o reales. La Argentina tuvo en él al gran polemista que empleó los más duros epítetos concebibles en la época. Creía en la eficacia de la palabra escrita como praxis social, que utilizaba también para luchar con sus propios demonios interiores. En este sentido ha afirmado Diana Sorensen que hay una relación entre escritura, acción y poder como una de las obsesiones de Sarmiento.<sup>3</sup> La escritura fue una necesidad de afirmación de la personalidad, pero también medio para expresar ideas, combates, y posibilidades de inserción política, desde una exacta noción de las dimensiones de la palabra escrita y su energía merced a la circulación y recepción. Notable ejemplo de esta percepción es la frase que Sarmiento escribió en sus *Viajes*: “Un buen folletín puede decidir de los destinos del mundo dando una nueva dirección a los espíritus”.<sup>4</sup>

Desde su pluma se constituye a sí mismo como el prototipo del hombre civilizado –aquel que lucha desde la cuna para superar adversidades, adquirir cultura, crear escuelas, bibliotecas, instituciones, desempeñar distintos oficios hasta alcanzar la más alta magistratura– todo en nombre del progreso y del bien social. Y él sentía que encarnaba ese modelo civilizatorio. Dos obras atestiguan nuestra apreciación: *Mi defensa*, escrita a los 32 años (1843), y *Recuerdos de provincia*, siete años después, en 1850. Marta Elena Pena de Matsushita nos ha hablado en este caso de “relato ideológico de una vida”, donde ésta se narra “junto con el devenir político, social y cultural del país”. Esa vida contiene un elemento mesiánico que va aflorando a “lo largo de las páginas” con ingredientes justificatorios y ejemplificadores.<sup>5</sup> En *Recuerdos de provincia* “...se funden un deseo de defenderse ante los ataques de sus detractores y el propósito de elaborar una convincente imagen pública del hombre providencial que se ha gestado a sí mismo de forma paralela al devenir de la patria”.<sup>6</sup> Es grandilocuente, no ahorra auto-elogios, pero

---

3 Diana Sorensen, *El Facundo y la contraposición de la cultura argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1998, p. 44.

4 Citado por Sorensen, p. 51.

5 Pena de Matsushita, ob. cit, p. 17-18.

6 *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Caracas, Biblioteca Ayacucho y Monte Avila, 1998, t. 3, p. 4366.

internamente vive el miedo al fracaso cuando la sociedad moderna ha instalado ya la idea de éxito. Las huellas de su *minus valia* pueden rastrearse en las dos obras autobiográficas. Le teme al ridículo, a la burla, a no encajar enteramente en el modelo que ha elegido para sí frente a la odiada chusma. En *Mi defensa* lo desnuda: “Mis modales, dice, se resienten de esta falta de roce y mis apariencias desmienten los juicios favorables que alguna vez arranca una que otra producción literaria...Mis amigos y las personas que me tratan de cerca, se ríen de mi torpeza de modales, de mi falta de elegancia y de aliño, de mis descuidos y mis desatenciones, y yo no soy de los últimos en acompañarlos en sus burlas”.<sup>7</sup>

La noción de barbarie no fue un artificio literario, era el prisma desde el cual se hacía el diagnóstico social que nos embargaba, lo que podríamos llamar la topía, el lugar de la descripción desde parámetros axiológicos o valorativos. Su opuesto y par a la vez, la civilización, actuaba también más allá de una imagen literaria para ser la utopía o modelo a alcanzar, que ejercía de idea reguladora. Es decir, como medida del grado de avance o retroceso. Mucho antes que la generación del 80 se guiara por las ideas de orden y progreso, éstas ya estaban presentes como proyecto civilizatorio en la generación del 37. El orden conduciría al progreso y éste, a su vez, justificaba el orden. La vía regia no era sino la educación.

El ambiente de ideas en el que le tocó nacer y del que fue partícipe activo le fue propicio para su espíritu liberal y acometido, con obras emprendidas, dada su egolatría, como propias de un genio. Combativo casi por naturaleza, sus escritos revelan una observación de la realidad nacional donde nunca es un testigo desapasionado e imparcial. Sarmiento no conocía la neutralidad, si es que acaso ella fuese posible. Cuestión que dio lugar a sus múltiples enfrentamientos. Es esa misma puntualidad de sus observaciones las que contienen la apertura a lo social, lo político, lo económico y lo costumbrista. En sus famosas polémicas literarias, sostenidas en Chile, frente a los puristas de la lengua –como era el caso de Andrés Bello–, lo hallamos defendiendo el habla y atendiendo a la función social del periodismo y la literatura. Sobre la importancia concedida al periodismo veamos qué nos dice en su artículo titulado “El diarismo”, publicado en el periódico

---

7 Citado por Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, EUDEBA, 2003, p. 74.

*El Nacional*, de Chile, en fechas 15 y 29 de mayo de 1841 <sup>8</sup>, que nos permitiremos citar *in extenso* dada la magnitud que tienen en nuestra época la información y los medios masivos de comunicación. Dice Sarmiento: “ El diario es para los pueblos modernos, lo que era el foro para los romanos. La prensa ha sustituido a la tribuna y al púlpito; la escritura a la palabra, y la oración que al orador ateniense acompañaba con la magia de la gesticulación, para mover las pasiones de algunos millares de auditores, se pronuncia hoy ante millares de pueblos que la miran escrita, ya que por las distancias no pueden escucharla. Por el *diarismo* el genio tiene por patria el mundo, y por testigos la humanidad civilizada. Por el diarismo las grandes acciones reciben palmoteos que las aplaudan por toda la tierra, y los delitos un signo de escándalo y reprobación se levanta de todas partes: por el diarismo el secreto de los gabinetes se comunica, no de oído en oído, sino de diario en diario, transmitiéndose a los extremos más apartados del mundo; por el diarismo los pueblos mandan, la opinión se forma, y los gobiernos la siguen mal de su grado”. Sarmiento continúa señalando las ventajas: “Por el diarismo el mundo se identifica. Las naciones, como hermanas ausentes, se comunican sus prosperidades o sus desgracias, para que sean gustadas o sentidas por todos los miembros; por el diarismo los individuos anuncian sus necesidades y llaman a quien puede satisfacerlas, por el diarismo el comercio se extiende, las noticias y datos que a sus medras interesan, se vulgarizan; y por el diarismo, en fin, el pueblo antes ignorante y privado de medios de cultura, empieza a interesarse en los conocimientos y gustar de la lectura que los instruye y los divierte, elevando a todos al goce de las ventajas sociales, y despertando talentos, genios e industrias que sin él hubieran permanecido en la oscuridad”. Vemos pues que para Sarmiento el diario informa, une al mundo civilizado, al mismo tiempo que forma el gusto y cultiva los espíritus. Pero por otro lado, tiene sus defectos “cuando la efervescencia de las pasiones, el rencor de partido y la irritación alimentan sus páginas”. Deplora lo que está

---

8 Domingo Faustino Sarmiento, *Polémicas literarias*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 2001, p. 17-27. Iván Jaksic, en “Sarmiento and the Chilean Press” hace constar que el artículo fue publicado en *El Mercurio*. Véase en Tulio Halperin Donghi *et al.*, *Sarmiento, Author of a Nation*. Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 1994, p. 59.

sucediendo en sus días cuando nos dice que “Las sociedades presentes se han personificado en el diario, y puede decirse que su literatura, sus idiomas y su elocuencia, se resienten de la estrechez de las páginas del diario, de su superficialidad y su valor de circunstancia”.

Este fenómeno moderno del diarismo, del que Sarmiento hace su breve historia, se remonta a la primera gaceta conocida, en Venecia, alrededor de 1531. Luego parece haber surgido en Inglaterra, en 1588, el *Mercurio inglés*. En América el primer periódico parece remontarse a las colonias inglesas, donde en Boston circuló en 1704 bajo el título de *Cortas noticias de Boston*, convertido luego en *La Gaceta de Boston*. Pero sin dudas el hecho más notable se debe a Francia, cuando “Con la revolución el diarismo político tomó su rango, anunciando, explicando y poniendo al alcance de todos las doctrinas filosóficas en que se apoyaban las diversas teorías que iban a ensayarse para la formación del nuevo gobierno”. Fue entonces que el diario adquirió, a los ojos de Sarmiento, verdadero poder y un esplendor nunca conocido en otras partes.

La práctica llega tarde a la América colonial, cuando ya las necesidades independentistas la toman imprescindible. Dice Sarmiento: “Sin imprentas, sin ideas, sin intereses que ventilar, sin derechos y por lo general sin conocimiento de ellos, ¿de qué utilidad, ni de qué interés podían ser las publicaciones periódicas, para unas poblaciones que vegetaban en la oscuridad más vergonzosa, y en la inacción de espíritu, consiguientemente a un gobierno extraño a los intereses locales, y que hacía de la América del Sur un simple apéndice de la monarquía española?”. Es a raíz de las invasiones inglesas que aparece el primer periódico en Montevideo, titulado *Estrella del Sud*, redactado por emigrados de Buenos Aires en 1806. Pasadas las décadas, Sarmiento reflexiona sobre dos hechos que nos acontecen: en primer lugar, que hay poca población que tenga gustos y hábitos de lectura de periódicos; en segundo lugar, que éstos aparecen ante situaciones de crisis, cuando es necesario sacudir “la apatía general de los que con sus sufragios pueden obrar un cambio en la marcha de los negocios públicos”. Entonces irrita pasiones, subleva temores y desconfianza, ofende y desprestigia. Sarmiento, que no conocía de medidas, dice sin embargo: “Nuestros periódicos de la época, han llegado a depurarse lo suficiente en cuanto al lenguaje y las personalidades; mas no lo bastante para llegar al convencimiento, y a la acertada discusión de los principios y de los

intereses de la República”. La falta de prudencia favorece intereses de partido y no ayuda a la formación de la conciencia pública y a la ilustración de la opinión. Acerca del periodismo, motor de civilización y de progreso, sobre el que se ha extendido, Sarmiento finaliza su artículo con estas palabras: “...preciso es que el *diarismo* descienda a las costumbres, y sea una necesidad ordinaria de la vida, abrazando todas las ramificaciones de la sociedad, y formando el cartel de todas las opiniones, de todos los intereses y de todas las necesidades del individuo”. Como síntesis, más allá de que Sarmiento usó muchas veces el periodismo en el modo en que lo criticaba, deslicemos algunas observaciones que se desprenden de sus párrafos: en primer lugar que “no puede haber libertad civil, sin absoluta libertad de imprenta”, como nos dice. En segundo lugar, la importancia de la palabra impresa, en este caso a través del periódico, para la formación de los ciudadanos. En tercer lugar, la responsabilidad de su ejercicio y la ética que le cabe. Acotemos que en las circunstancias en que escribió este artículo Sarmiento era un exiliado y como tal detrás está la sombra de Rosas. Por otro lado, estaba en Chile al servicio de Manuel Montt, trabajando para la presidencia de Manuel Bulnes, de modo que intereses políticos lo mueven. Quizá sería oportuno terminar estas palabras señalando lo que Adolfo Prieto nos dice del gran sanjuanino: “Respiró política en el aire de la aldea natal, se educó para la política, se exilió por la política, conformó su carácter en la dura palestra de la acción política, escribió su autobiografía y buena parte de su obra gigantesca por razones políticas”.<sup>9</sup> Estas fueron las motivaciones del Sarmiento escritor: el ejercicio de la política, en la que él sería un actor fundamenta, que debía servir a la civilización en detrimento de la barbarie.

---

9 Adolfo Prieto, ob. cit, p. 57.